

ya empezó á ser venerado sobre los altares, habiéndole beatificado el Sumo Pontífice Paulo V. Canonizóle Clemente X, y Alejandro VIII le declaró patrono del reino de Nueva-Granada.

Contemporáneo de Bertran y émulo de sus admirables virtudes fue Nicolás Factor, religioso de la observancia de San Francisco, cuya regla abrazó en su juventud en el convento de Jesus. Mas no contento su fervor con el exacto cumplimiento de todos los preceptos é instituciones de su órden, añadió á ellas las austeridades de la mas rigurosa penitencia y las prácticas de la mas sublime perfeccion. Llamado por la augusta hermana de Felipe II á Madrid, desempeñó con tanto acierto el difícil cargo de director de religiosas en las descalzas reales, que no solo manifestó con el hecho lo acertado de la eleccion de la Princesa, sino que tambien se grangeó el respeto y veneracion de toda la corte. Restituyóse despues á su convento de Valencia, donde consumido no tanto por la enfermedad quanto por sus trabajos y maceraciones, murió tranquilamente dejando en pos de sí la memoria de una vida jamás manchada con crimen alguno, y adornada siempre con todas las virtudes. No dejó el cielo de confirmar esta opinion que habian formado de Factor todos sus coetáneos; y los milagros obrados sobre el lugar de su sepultura le adquirieron la veneracion del reino y el título de Beato que confirmó despues solemnemente Pio VI.

En el mismo siglo y en esta nuestra misma ciudad nació en la ínfima clase del pueblo otro Santo, semejante en la virtud á Bertran y á Factor, pero dirigido en su juventud por caminos mas extraordinarios. Gaspar de Bono, hijo de un tejedor de lino, se manifestó en su niñez hecho el encanto de todos por su inocencia, su candor amable y sus tempranas virtudes. La pobreza

de sus padres los obligó á ponerle á servir en la tienda de un mercader el cual se enamoró bien pronto del bellissimo carácter del niño, y le trató siempre como á hijo suyo. Habia en la casa otro criado, mozo instruido y que sabia bien la gramática latina, el cual, prendado del buen talento de Gaspar, le instruyó en ella y en todo cuanto sabia, de modo que al llegar éste á los quince años de edad, ya se creyó en disposicion de seguir los deseos que le animaban de abrazar la vida religiosa. Fuese, pues, al convento de predicadores y pidió el hábito, y como llevaba pintada su virtud en el rostro no dudaron aquellos padres admitirle inmediatamente como seglar aprobando. Mas el Señor que no le queria todavía en el claustro, hizo que un cuñado suyo le hiciera ver las necesidades á que esponia su familia, privando á sus buenos padres de los socorros que de él entonces esperaban, y Gaspar, alzando los ojos al cielo, y conociendo la voluntad de su Dios, sin detenerse vuélvese á la casa del mercader, y sacrifica su vida por la salud de los suyos. Todos le veian desmedrado y flaco caminar apresuradamente al sepulcro, sin ninguna enfermedad conocida: el amo que le amaba en extremo, hace que observen sus pasos, y el criado que le atalaya descubre bien pronto que Gaspar á penas comia nada de lo que le daban, que todo lo guardaba, y que por las tardes en la primera ocasion lo llevaba á casa de sus pobres padres. Afligido y sorprendido quedó su amo al ver la piedad filial de Gaspar, y deseando premiarla y tener parte en ella, dispuso que en lo sucesivo, además de su alimento ordinario, se le dieran los panes y la vianda necesaria con que pudieran mantenerse sus padres. Así fue como á la virtud de Gaspar debieron éstos de todos modos su subsistencia, viéndose siempre

abundantemente socorridos por cuantos llegaban á conocer las prendas amables de su hijo. Llegó éste á los veinte años de edad, y no juzgando ya conveniente á su misma virtud seguir en el mostrador del mercader, pidió á Dios que le descubriese el nuevo género de vida que debia abrazar. El Señor se le descubrió sin duda, y Gaspar le abrazó por seguir el llamamiento divino; pues de otro modo ¿cómo era creible que un jóven puro como un ángel, dado á la oracion y á la penitencia, como el anacoreta mas retirado del mundo, corriese á tomar las armas y á mezclarse entre la soldadesca y á vivir entre el estruendo y los desórdenes de la guerra y de las conquistas? Pero así lo dispuso el Señor; y Gaspar Bono en el año 1550 sentó plaza de soldado en un regimiento de caballería, y pasó al ejército que entonces tenia en Italia el Rey y Emperador Carlos V. Sin duda quiso manifestar el Señor que en todos los estados puede el hombre ser santo si le asiste la gracia del Salvador; ó tal vez quiso anticipadamente desmentir la vana filosofia del que dijo despues, que el valor militar es incompatible con la fe y el espíritu del cristianismo. Porque Bono fue excelente soldado, intrépido y valiente, y exactísimo en el cumplimiento de todas las obligaciones militares, y al mismo tiempo, para decirlo en una palabra, fue un santo; y si se ha de creer lo que él mismo decia siendo ya religioso, con mas fervor y virtud que en este estado de perfeccion. »Páreceme, decia este humilde religioso, cuando era ya el ejemplo y el modelo de todos sus hermanos, que con mayor fervor servia yo á Dios siendo soldado, pues en tal profesion, todos los dias rezaba el oficio de la Virgen santísima con su letanía, rosario, y otras devociones, frecuentaba los templos y lugares piadosos, y de mi

pobreza daba parte á los pobres, etc.» Diez años siguió Gaspar la milicia, hasta que llamado por el Señor de una manera extraordinaria, buscó el retiro del claustro en la religion del gran Francisco de Paula. Habia salido un dia de descubierta con una partida de su cuerpo; pero rechazados por fuerzas muy superiores, creyó salvar la vida metiendo espuelas á su caballo, que desbocado y ciego cayó precipitadamente en un pozo. Llegaron entonces los enemigos, y uno de ellos dió un golpe de alabarda á Gaspar, causándole una herida mortal en la cabeza. Viéndose el jóven guerrero á punto casi de espirar, levanta su corazon á Dios, pidele la vida para emplearse en su servicio; implora la intercesion del héroe de la caridad Francisco de Paula, ofrece vestir su hábito, y vé al momento á sus compañeros de armas que acuden á salvarle del peligro. Lleváronle en efecto á sus trincheras, y temiendo que iba á espirar, le administraron los santos sacramentos; mas contra el pronóstico de todos curó en breve de sus mortales heridas, y ansioso de cumplir lo que habia ofrecido al Señor, alcanzó su retiro y regresó á Valencia, donde vistió inmediatamente el hábito de los mínimos en el convento de San Sebastian.

Desde esta época hasta la de su muerte no es fácil ya seguir sus pasos, ni descubrir sus secretas penitencias, ni pintar sus grandes virtudes y aquellos dones maravillosos con que el cielo reveló á los hombres algunas veces su oculta y humilde santidad. Su obediencia fue la mas ciega y siempre alegre; en la pobreza no tuvo igual; amábala de tal modo, que una de las causas porque reverenció siempre tanto á sus padres era, como él decia, por haber sido en extremo pobres; en la castidad fue un ángel, y sin embargo se llamaba continuamente, *tizon*

aparejado para el infierno, ¡ tanta era su profunda humildad! aquella virtud amable que formó su verdadero carácter. No hablamos de su caridad, de su devoción y de su penitencia, que fueron otras de sus principales virtudes, porque aun refiriendo todo lo que de su vida se ha escrito, no era posible llegar á descubrir la altísima perfección á que en ellas ascendió nuestro Bono. Tampoco es fácil dar una idea cabal del celo prudente y sábio con que gobernaba las comunidades y toda su provincia, cuando le pusieron al frente de ella en sus últimos dias. Su ordinario modo de mandar era dando ejemplo y caminando delante de los demás religiosos; si reprendía, era con la voz de la dulzura y de la caridad; si castigaba, era con la ley en la mano y las lágrimas de la penitencia en sus ojos, como si él fuera el delincuente. Así acabó Gaspar sus dias, haciendo bien á todos, edificando á todos, y repitiendo continuamente á sus hermanos aquellas palabras con que el Señor se despedía de sus discípulos: *Este es el precepto que os doy, que os améis mutuamente como yo os he amado.* La historia de su última enfermedad no puede leerse sin admiración y enternecimiento. Verificóse su muerte, como él mismo habia predicho, el día 14 de Julio de 1604; y hasta tres dias despues no pudieron los religiosos enterrar su cadáver, por el tropel de gentes que á todas horas acudían á la iglesia de San Sebastian para implorar á su favor las bendiciones del cielo por la intercesión del Santo que habia muerto. Las curaciones maravillosas que obró el Señor en aquellos dias al rededor de su féretro, fueron innumerables; de modo que desde entonces puede decirse que comenzó Dios á canonizar las heroicas virtudes del que despues habia de beatificar la Santidad de Pio VI por su breve de 10 de Setiembre de 1786, siendo el glorioso Gaspar

de Bono el primero de los hijos del gran Francisco de Paula que ha sido colocado sobre los altares. Venérase su santo cadáver en la iglesia de su convento, en la capilla magnífica que le erigieron sus devotos.

Despues de haber mencionado los dos santísimos prelados Tomás de Villanueva y Juan de Ribera, y los tres santos religiosos Luis Bertran, Nicolás Factor y Gaspar de Bono, á los que debe añadirse el glorioso San Pascual Bailon, de quien nos da alguna noticia Berault, no creemos necesario detenernos en recordar la multitud de venerables que murieron en olor de santidad, y que ilustraron con sus virtudes nuestra ciudad y reino de Valencia. Todos los estados ofrecieron entonces modelos de perfección á los siglos posteriores; y el claustro en particular vió conservarse por largo tiempo el espíritu de los que le habian santificado, y renovarse en innumerables discípulos los ejemplos de virtud que aprendieran de aquellos maestros de la vida espiritual. Cuando juntemos, pues, á la memoria de estos héroes valencianos la de los que produjeron en aquel siglo otras provincias de España, podremos concebir una idea exacta de esta primera y principal parte de las glorias de nuestra patria. Juan de Dios, nacido en Portugal; Ignacio de Loyola, en Cantabria ó Vizcaya; Teresa de Jesus, en Ávila; Francisco de Borja, admiración de la corte; Francisco Javier, apóstol de las Indias; Juan de la Cruz, maestro de la vida espiritual; Pedro de Alcántara, reformador y penitente austero; José de Calasanz, modelo de caridad; Bartolomé de los Mártires, egemplar de prelados; Diego de Alcalá, espejo de humildad; Juan de la Concepción, reformador de los trinitarios; Alfonso de Orozco, Simón de Rojas, Juan de Ávila y Luis de Granada, apóstoles de Castilla y Andalucía; y en

los dominios españoles del Nuevo-mundo, Toribio, arzobispo de Lima, y Santa Rosa de la misma ciudad, la primera entre los americanos que fue elevada á los altares: estos perfectos discípulos de la cruz, cuyos nombres son conocidos y celebrados en toda la Iglesia católica, exaltaron en el siglo diez y seis la iglesia de España sobre todas las demás del mundo. Parece que el cielo quiso entonces reunir todos los títulos de gloria en esta preciosa porción del rebaño de Jesucristo; y para que no faltase en ella la brillantez de las palmas y coronas de los mártires, permitió la sublevacion de los moros de Granada, en la que perecieron por su constancia en la fe y religion, hombres, mugeres, religiosos, eclesiásticos seculares y hasta niños que en la mas tierna edad confesaron el nombre de Jesucristo en medio de los tormentos. ¿Y cuántos españoles no alcanzaron tambien la corona del triunfo en las remotas regiones de Asia y de América? La mayor parte de los misioneros que saliendo de nuestra nacion llevaron la luz del Evangelio á ambas Américas y á la vasta Oceanía, fueron víctimas del furor de aquellos pueblos salvages é idólatras, y despues de haber fundado con su predicacion un sinnúmero de iglesias, las santificaron y embellecieron con su propia sangre. Apenas podrá encontrarse en la península un solo convento ó establecimiento religioso que no se glorié por contar á alguno ó algunos de sus hijos muertos por la fe en las misiones de ultramar.

Si de la nota de santidad pasamos á hablar de la sabiduría y doctrina de los españoles de este siglo, encontramos un campo no menos vasto y abundante en que discurrir. Fueron tantos los autores que escribieron de todas materias en aquella época, que sola su numeracion formaria una larga biblioteca. Nos

contentaremos, pues, con citar á los principales escritores eclesiásticos, sin que nuestro juicio perjudique el honor de los que omitamos. Aunque el célebre cardenal arzobispo de Toledo Don fray Francisco Gimenez de Cisneros, no nos dejó memoria alguna de sus talentos, debe confesarse sin embargo que él fue quien dió el principal impulso en España á los estudios eclesiásticos, y á quien en algun modo es debida la abundancia de luces que brillaron en la península. Bajo su direccion se estampó y publicó la Biblia llamada complutense, una de las obras mas célebres de este género. Murió este primer ministro y regente de la corona de España en 1517.

D. fray Diego Deza, natural de Toro y religioso de la órden de Santo Domingo. Fue profesor de teología en la universidad de Salamanca, maestro del Príncipe D. Juan, confesor de los Reyes católicos sus padres, obispo de Zamora, Salamanca, Palencia y Jaen, arzobispo de Sevilla é inquisidor general. Tenemos de este ilustre prelado cuatro tomos sobre el maestro de las sentencias, una defensa de Santo Tomás de Aquino contra Lira, y la concordia de los cuatro Evangelistas. Falleció en 1525.

En la misma órden de Santo Domingo y en la universidad tambien de Salamanca florecieron otros cuatro escritores no menos sábios que Deza. De fray Francisco Vitoria, que murió en Salamanca en 1546, se conservan las obras sobre la potestad de la Iglesia, sobre la del concilio, sobre el matrimonio, sobre el aumento de la caridad, sobre la obligacion del que llega á uso de razon, sobre el homicidio, la simonía y la magia, y otra acerca del derecho del Rey de España sobre los indios. Su discípulo fray Melchor Cano asistió como teólogo al concilio de Trento, donde arrebató la admiracion de los padres. Hecho

Después obispo de Canarias, y habiendo gobernado por algun tiempo su diócesi, renunció el obispado y retiróse á Toledo, en cuya ciudad murió en 1560, dejando escrita la preciosa obra de los lugares teológicos, superior á todo encarecimiento, un tratado sobre los sacramentos en general y otro sobre el de la penitencia en particular. Su hermano y comprofesor fray Domingo de Soto murió tambien el mismo año 1560, después de haber sido confesor de Carlos V, teólogo en el santo concilio de Trento, y de haber escrito dos tomos sobre el cuarto de las sentencias, uno de *Justitia et Jure*, tres libros de *Natura et Gratia*, y algunas otras obras de menos consideracion. El último de estos cuatro dominicos fue fray Bartolomé de Medina, quien escribió sobre la primera y tercera parte de la Suma de Santo Tomás, y una breve instruccion para administrar el sacramento de la penitencia.

En la órden de San Francisco florecieron fray Alonso de Castro, fray Miguel de Medina, fray Andrés de la Vega, fray Francisco de Osuna y fray Diego de Estela. El primero natural de Zamora, y nombrado arzobispo de Santiago, escribió catorce libros contra todas las heregías, tres sobre el justo castigo de los hereges, un tratado de la ley penal, cuarenta y nueve homilías sobre los salmos 31 y 50, y un comentario sobre las profetas menores. Murió en Bruselas en 1558. El segundo nació en Velcazar, y adquirió grande crédito en la teología y en el conocimiento de las lenguas hebrea y griega, y dejó escritos siete libros sobre la fe, y algunos otros sobre la continencia de los sacerdotes, el purgatorio, la humildad cristiana, la restitucion, las indulgencias y sobre el artículo cuarto del símbolo. Murió, segun parece, en Toledo por los años 1575. El tercero fue

profesor en Salamanca y teólogo en el concilio de Trento. Tenemos de él la defensa de los decretos de este santo concilio sobre la justificacion, dividida en quince libros, y otras quince cuestiones sobre la gracia, la justificacion y el mérito. De fray Francisco de Osuna, comisario general de Indias, grande predicador evangélico y muy docto en la teología mística, se conservan las obras tituladas: abecedario espiritual, norte de los estados, consideracion sobre las cinco llagas de Jesucristo, y varios sermones para las fiestas y dominicas del año y misterios de María santísima. Falleció en 1540. El quinto, ó fray Diego de Estela, á mas de su comentario sobre San Lucas y de la esposicion del salmo 136, escribió de la vanidad del mundo, del amor de Dios y la vida y escelencias de San Juan Evangelista.

La compañía de Jesus, fundada en este siglo, y conservando por lo mismo el fervor y observancia propia de los principios de toda órden religiosa, no fue menos fecunda en varones sábios que en apóstoles y misioneros santos. Su mismo patriarca y fundador San Ignacio escribió el incomparable libro de los ejercicios espirituales, tan elogiado por los Sumos Pontífices y por cuantos han sabido apreciar el mérito y sublimidad de una obra de esta clase. La mayor parte de los hijos sábios de este gran patriarca, fueron todos españoles. Juan Maldonado, natural de las Casas cerca de Llerena en Estremadura, y catedrático de Salamanca, dejó al morir en 1583 en la casa profesa de Roma un gran número de escritos, de los que los principales son: comentarios sobre los profetas Jeremías, Baruch, Ezequiel y Daniel; otros sobre los cuatro Evangelios; la esplicacion del salmo 109, y diferentes tratados sobre la fe, sacramentos, el libre albedrío, la gracia, el pecado original, la predestinacion y

reprobacion y sobre la justicia. Francisco de la Torre y Herrera, natural del obispado de Leon, asistió en Trento al tiempo de celebrarse el concilio, trabajó mucho en las librerías de Italia recogiendo los autores de la iglesia griega, y hallándose despues en Roma entró en la compañía de Jesus cumplidos ya los sesenta años de edad. Antes de profesar el estado religioso escribió acerca de la autoridad del Papa sobre el concilio, de la eleccion divina y la justificacion, de la residencia de los pastores, de las actas del sexto concilio general, de los caracteres de la palabra de Dios, de las encomiendas perpétuas, de los votos, del celibato y del matrimonio clandestino. Despues de haber entrado en la compañía compuso aun muchísimos tratados contra los hereges, y murió de mas de ochenta años en 1584. Alfonso Salmeron, natural de Toledo, fue uno de los primeros compañeros que se unieron á San Ignacio de Loyola en la universidad de París. Trabajó mucho por la religion, concurrió como teólogo al concilio de Trento, y escribió un tomo de prolegomenos sobre la Escritura Santa, once volúmenes en folio de comentarios sobre el nuevo Testamento y algunos sermones. Murió en 1585. Francisco de Ribera, natural de Villacastin, entró en la compañía, en cuyo colegio de Salamanca enseñó la santa Escritura. A mas de la vida de Santa Teresa compuso diferentes comentarios sobre los profetas menores, el Evangelio de San Juan, la epístola de San Pablo á los hebreos, el Apocalipsi, y sobre el templo de Salomon. Murió en el mismo colegio en 1591. El cardenal Francisco de Toledo, natural de Córdoba, y catedrático de Salamanca, pasó á Roma despues de haber entrado en la compañía, y desempeñó las comisiones mas árduas de la santa Sede con tal acierto, que mereció su promocion á la dignidad

cardenalicia, y la total confianza de los Sumos Pontífices Pio V y sus inmediatos sucesores. Entre las obras de este sábio cardenal es apreciada singularmente la suma de teología moral y sus esposiciones de San Juan y de la epístola de San Pablo á los romanos. Su muerte, ocurrida en Roma en 1596, le impidió continuar la esposicion del Evangelio de San Lucas que solamente llegó al capítulo doce.

No fueron solamente estas tres órdenes religiosas las que ilustraron la iglesia de España por la multitud de sábios; en todas las demás, y en el clero secular y hasta en el estado laical encontramos hombres doctísimos y maestros acabados de las ciencias eclesiásticas. Prueba de ello son los escritores que á continuacion mencionamos. Juan Gines de Sepúlveda, natural de Córdoba y canónigo de Salamanca, fue uno de los mayores teólogos y jurisconsultos de su tiempo, é historiador de Carlos V. A mas de la historia de este Emperador, y de haber traducido la mayor parte de las obras de Aristóteles, escribió tres libros sobre el libre albedrío contra Lutero, otro contra Erasmo, tres de las solemnidades de las bodas, uno sobre la verdad del cuerpo y sangre de Jesucristo en el sacrificio de la misa, otro de la justicia del Rey de España sobre los indios, y un comentario sobre los Cantares, formado de palabras de San Agustin. Falleció en 1572, siendo de edad muy avanzada. Diego Paiba de Andrade, natural de Coimbra, en Portugal, sacerdote muy piadoso y dedicado á las misiones. Despues de haber asistido al concilio de Trento como teólogo del Rey Don Sebastian, murió en 1576 dejando escrita una defensa de aquel santo concilio, y varias esplicaciones ortodoxas y sermones. Por el mismo tiempo que Andrade, murió en Ávila Antonio Oncála, natural de

Yanguas, doctor en la universidad de Alcalá y canónico magistral de Ávila, de quien tenemos un comentario sobre el Génesis, diez y siete opúsculos de teología, y cinco libros sobre la piedad cristiana. Miguel de Palacios, natural de Granada y hermano de Pablo Palacios, fue doctor y profesor en la universidad de Salamanca, despues canónico magistral de la iglesia de Leon, y por último de la de Ciudad-Rodrigo donde murió. Este gran teólogo y escripturístico dejó seis tomos sobre los libros de las sentencias, quince libros sobre el profeta Isaías, y otros muchos sobre los doce profetas menores, sobre el Evangelio de San Juan, sobre la epístola á los hebreos y acerca de los contratos y restituciones. No fue menos fecundo que Palacios el célebre obispo de Silves Gerónimo Osorio. Nacido en Lisboa, pasó á estudiar á Coimbra, en cuya universidad ocupó por algun tiempo una de sus cátedras. Fue nombrado despues arcediano de Ébora, y por último promovido á la silla episcopal de Silves, cuya diócesi gobernó hasta su muerte, ocurrida en Agosto de 1580. Sus obras, que se imprimieron en Roma en cuatro gruesos volúmenes en fólío, comprenden diez libros titulados de la justicia celestial, cinco sobre la Sabiduría, un comentario sobre los profetas Oseas y Zacarías, otro sobre la epístola á los romanos, paráfrases de Job, de los salmos y de Isaías, veinticinco discursos sobre el Evangelio de San Juan, una preciosa carta á la Reina Isabel de Inglaterra exhortándola á que se redujese al catolicismo, la defensa de la misma contra Gautier Adon que la habia impugnado, y otras muchas cosas pertenecientes en su mayor parte á la historia del Rey D. Manuel y á la instruccion del Príncipe.

Juan de Medina, nacido en Alcalá la real, doctor y catedrático de teología, fue muy alabado de los mejores escritores

de su tiempo por su admirable ingenio y sólido juicio. Sus principales obras son las que compuso sobre la penitencia y sus partes, y sobre la restitucion y contratos. Leon de Castro, doctor teólogo en la universidad de Salamanca, muy docto en las lenguas hebrea y griega, escribió sobre el profeta Isaías y sobre las versiones de la sagrada Escritura. Pero el mas célebre escripturístico de aquel tiempo, fue sin duda el doctísimo Benito Arias Montano, nacido en Frenegal de la Sierra, de donde pasó á estudiar en Alcalá, en cuya universidad, á mas de la teología, aprendió hasta la perfeccion las lenguas griega, hebrea, caldea, siríaca y árabe. Abrazó despues la órden militar de Santiago, acompañó al obispo de Segovia al concilio de Trento en calidad de teólogo, y concluido el concilio se retiró á Aracena en el arzobispado de Sevilla; pero conociendo Felipe II sus grandes talentos, se valió de él para la edicion de la Biblia régia, que sacó á luz con tanta utilidad y aprecio de los sábios. A mas de lo que trabajó en esta obra incomparable, escribió nueve libros titulados: aparato á la Biblia, la historia del género humano, la historia de la naturaleza, esposiciones de Josué, de los Juces, de los treinta y un salmos primeros, del cincuenta y cinco de Isaías, Daniel y de los doce profetas menores, notas sobre todo el nuevo Testamento y algunas poesías sagradas muy elegantes. Murió en Sevilla en 1598. Siete años antes perdió la poesía sagrada otro profesor muy célebre, en la muerte de fray Luis de Leon, ocurrida en 23 de Agosto de 1591. Este sábio religioso agustino, natural de Belmonte, doctor y catedrático de Escritura, fue sin duda uno de los hombres mas erudítos de su siglo, y será siempre uno de los mejores maestros de la lengua española. Tenemos de él, á mas de sus poesías, la grande obra *de Agno typico*,